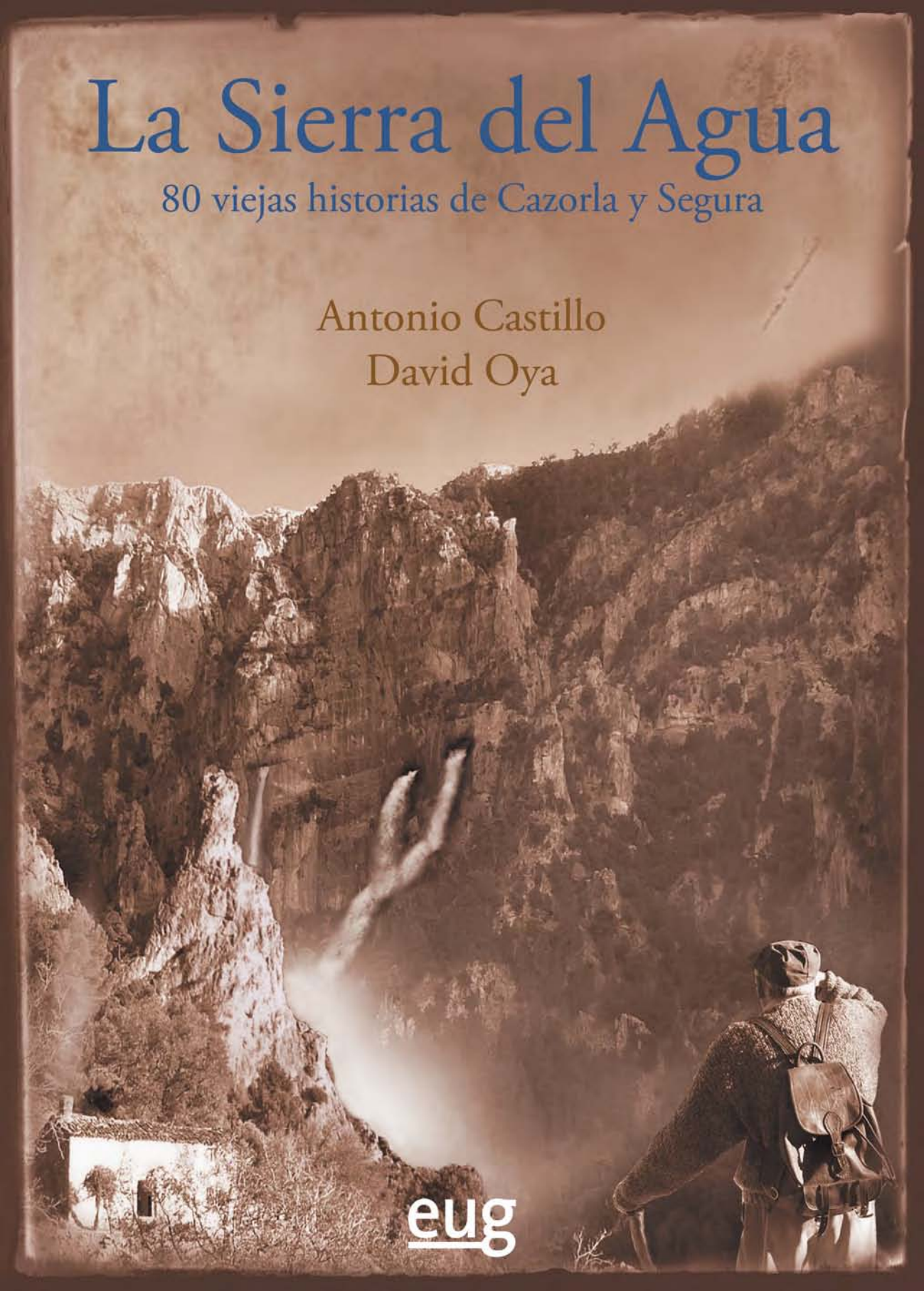


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug



8. Víboras y fuentes: «la víbora del *Nescafé*» y la muerte del Tío Nicolás

Por Antonio Castillo y Juan Cano



«La víbora del *Nescafé*», capturada en Fuente Bermejo. Su historia se cuenta en este artículo. La foto procede del museo de la Torre del Vinagre (foto Javier Cavanillas, años 80)

LAS VÍBORAS fueron uno de los animales mas temidos por los serranos antiguos. A algunos montañeros de ahora, que no las han visto nunca, quizás pueda parecerles desproporcionado ese temor, pero antaño eran abundantes y sus picaduras muy comprometidas. Hoy con los vehículos, que llegan a cualquier parte, los móviles y los adelantos médicos, las cosas

han cambiado mucho. A mi lado, Serafín, un serrano de toda la vida, me habla con la sabiduría y prudencia propias de quién echó los dientes en el campo.

—Si no estás seguro de distinguir una víbora de una culebra, no te preocupes. En cuanto te tropieces en la Sierra con una de las auténticas te recorrerá un *pelofrío* todo el cuerpo. Digo yo que será una reliquia de nuestro instinto primitivo.

Antes, solo y en mitad de un canchal, a varias horas a pie de un vecino al que poder echarle voces, las cosas las veíamos de manera muy diferente. No solo las víboras, es que nos cuidábamos mucho de dar un mal paso y romperte algo. Hoy llamas y llega el helicóptero o los *civiles* con la camilla, pero antes...Podías pasarte el invierno sin ver las víboras. Se criaban sobre todo en lastonares, sabinares y piornales de riscas y calares, pero era llegar el verano y buscaban las frescuras. Junto a ciertos prados y fuentes no era raro encontrártelas. Algunas fuentes eran muy querenciosas; en la del Tabacal, cuando caían los calores de la media tarde, se hacía muy peligroso acudir al huerto por la cantidad de *jaspes* que allí se juntaban. Pero no sólo en aquél sitio, las había por otras fuentes, algunas de las cuales se han quedado con el nombre de estos bichos o se recuerdan por sus historias.

Me viene a la memoria ahora la historia que me contó hace tiempo Juan Cano, un montañero buen conocedor de la Sierra. Una simpática historia ocurrida en Fuente Bermejo, que hemos titulado *La víbora del Nescafé*.

—Eso fue a principios de los años 80. Se estaba montando el museo de la Torre del Vinagre y por entonces mi tío Javier Cavanillas estaba de ingeniero de montes en Cazorla. Entre las fotografías de fauna del museo faltaban las de una víbora. Por esa razón, se había pedido a la guardería que hicieran por coger una viva. Pero ya se sabe, entre la poca simpatía y las supersticiones que provocaban esos ani-

males en los serranos, ningún guarda quería cruzarse con una y mucho menos cogerla viva. Un buen día, paramos con mi tío en Fuente Bermejo, en el camino a la laguna de Valdeazores. Esta fuente es una de las más importantes de esa parte de la Sierra, no por su caudal, que es pobre, sino por su situación en una encrucijada de caminos y en la mesta hacia los Campos. Pues bien, como iba diciendo, descubrimos a una víbora que se había caído al agua y con el frío apenas se movía. Mi padre y mi tío, ayudados con un palo, pudieron finalmente meterla en un bote de *Nescafé*. De allí fuimos a la casa forestal de la fuente del Oso. Lo «simpático» de la historia es que aprovechando su aletargamiento por el frío, cuando la veían más activa de la cuenta, la metían de nuevo en el bote y la llevaban al congelador de la casa. Y con ese truco fueron haciéndole fotos de todas las posturas, sin miedo a mayores sobresaltos. Al final, como es natural, fue devuelta a su entorno. Y esa es la historia de la víbora que quedó inmortalizada en el museo de la Torre del Vinagre.

Serafín, no ve simpatías en estos bichos, ni es partidario de juegos con ellos. Como serrano viejo, se mueve por las fuentes de forma muy peculiar. Adopta unas precauciones que a mí se me antojan excesivas y arcaicas. Con el bastón, o con un palillo cogido allí mismo, trastea las matas y piedras próximas a la fuente que hemos elegido para echar el bocadillo, al tiempo que no deja de escudriñar con sus vivos ojillos todo el entorno, mientras yo me muevo distraído y ausente.

Pero oiga —le pregunto ante sus precauciones— ¿es que alguna vez pasó algo realmente grave con las víboras? Me mira con benevolencia, como cavilando «éste de nuestra sierra sabe poco».

—Si yo le contara...Hogaño se ven menos víboras, porque si una cosa buena ha tenido la proliferación del jabalí es que se las comen. Pero antaño....Sin ir mas lejos, aquí al Tío Miguel Pata le picó una en un dedo de la mano. Entonces el único remedio, si se podía, era tirar de navaja barbera bien afilada, que los viejos siempre llevábamos

una encima. Él se cortó la yema del dedo y se quemó la herida. Si la picadura era de *jaspe* aquello podía ponerse feo. El bicho era como una víbora normal, pero más corta y gruesa, y con los dientes de bayoneta, que mandaban más fuerza y metían el veneno muy adentro.

Pero peor fue lo que le pasó al Tío Nicolás, «el Tocino», de Pozo Alcón. El hombre se ganaba la vida con una borriquilla vendiendo *matalauva* y comino por los cortijos. Y oiga, se sacaba sus buenos duros con aquello. Pues bien, un día, junto a la fuente del Cortijo del «Tío Paulero» (o de «la Paulera»), en Poyo Tribaldo, le picó en el pie un *jaspe* de los malos. Eso debió ser por los años 60 del siglo pasado, no hace tanto. No se aplicó ningún remedio y ya tarde de más enderezó con la borriquilla desde el cortijo del Raso para Pozo Alcón, donde murió.

La fuente tenía alberquilla y tornajos, y allí sigue dando su agüilla. Ahora se llega en coche desde la Nava de San Pedro, y no sé como habrá quedado aquello, porque la finca la compró uno de fuera, que de seguro no conoce la historia que le acabo de contar.

Otro caso mortal que se recuerda fue el de un pastor al que mordió una víbora en el cuello cuando se agachó a beber en el arroyo de Gualay. Con la Sierra llena de gentes en continuos trasiegos y faenas eran frecuentes las picaduras de víbora, lo que, unido a la ausencia de asistencia médica, provocó no pocas amputaciones de dedos, cuando no muertes como las que hemos visto y otras.

Debió ser el verano de 1964... en la Fuente Bermejo ...estábamos descansando...cuando aparecieron dos naveros fatigados de correr y con el rostro blanco como la cera...Un par de centenares de metros mas abajo de donde nos encontrábamos, nos dijeron que una «alicántara» se lanzó desde un árbol y se paró en la cabeza de uno de ellos

RUFINO NIETO, *Historias, leyendas, anécdotas y personajes de la Sierra de Cazorla*, 2006

